



La Pandilla Cosquilla

... quiere salvar el mercado

Realización: Asociación Catalana d'Enginyeria Sense Fronteres

c/ Pelai, 52, 2on, 2a, 08001 Barcelona.

Edición: Ingeniería Sin Fronteras Castilla y León

Plaza de Santa Cruz, nº 6 (Edificio Rector Tejerina), 47002 Valladolid

www.isf.es



Primera Edición: Abril 2008

Depósito Legal: B-24158-2008



Ilustraciones: Juanjo Jiménez Bellver
juanjo.senpai@gmail.com

Defendemos la Soberanía Alimentaria
y el consumo responsable

La Pandilla

Cosquilla

...quiere salvar el mercado



ra un 12 de Septiembre en Peñafior de Hornija, un pequeño pueblo de los Montes Torozos. En la cima del páramo donde se asienta el pueblo y junto al rio Hornija había una parra donde la pandilla solía reunirse para hacer de la suyas. Ese día, Laura y Sara habían quedado para merendar juntas.

— ¡Jolines, ya vuelvo a tener uvas de merienda! Llevo toda la semana comiendo uvas — se quejó Laura —. ¿Quieres unas pocas?



— Mmm... Si quieres yo te doy la mitad de mi bocadillo y tu me das la mitad de tu racimo — le propuso Sara.

— Te puedes comer todo el racimo, ¡yo me conformo con un mordisco de tu bocadillo! ¡Mira! ¡Es María! Y viene con alguien... ¿Quién será?

— Supongo que su primo, que viene de Petrópolis, su ciudad, a pasar el verano — le explicó Sara.

Por el camino se acercaba María, una niña de nueve años con el pelo muy moreno, acompañada de un niño bajito y delgado, era su primo Pablo. Ese verano, el padre de Pablo y su pareja habían decidido que sería una buena idea pasarlo en el pueblo de los abuelos, lejos de la gran ciudad. Además así Pablo podría pasar más tiempo con su prima. Cuando estaban a punto de llegar a la parra Pablo gritó:

— ¡Puaj, qué asco! ¡Una paloma me ha cagado encima!

— No, bobo, no es una paloma — le explicó María riéndose —. Se llama cigüeña, y ya verás ¡que están por todas partes!

Pablo no había salido mucho de su ciudad y desconocía muchas cosas de la naturaleza, por suerte, ese verano estaba a punto de descubrirla. Finalmente llegaron donde estaban Laura y Sara.

— ¡Hola! — saludaron las dos a la vez.

— ¡Hola! — contestó María —. Mirad, este es mi primo Pablo. Tiene siete años y vive en Petrópolis. Ha venido a Peñaflores a pasar el verano.

Y dirigiéndose a él le comentó:

— Pablo, ellas son Laura y Sara, las amigas de las que te hablé.

— Hola — contestó Pablo vergonzoso.

— Por cierto, ¿dónde está Javi? Pensaba que estaría con vosotras... —preguntó María.

— ¡Si hoy es jueves! Ya sabes que todos los jueves se va con sus padres a vender al mercado — exclamó Sara.

— ¡Vaya! Yo que quería que Pablo le conociera...

Se sentaron en círculo y Pablo abrió una bolsa.

— He traído unos pastelitos de chocolate y unos refrescos para todos.

— ¡Qué bien! —dijeron todas, contentas de lo que Pablo les ofrecía.

— ¡Esto sí es mejor que las uvas! —añadió Laura apresurándose a abrir el plástico de uno de los pastelitos.

Al acabar de merendar, las niñas comenzaron a bajar del paramo al río haciendo la “croqueta”, un juego que les encantaba. Consistía en hacer carreras rodando por el suelo. Pablo las miraba sentado en una piedra, al pie de la parra, apresurándose en acabar su refresco para ir a jugar.

— ¡Ay, qué daño! —gritó.

— ¿Qué te ha pasado? —le preguntaron las niñas.

— No lo sé... he tirado la lata del refresco hacia atrás ¡y me ha caído encima! ¡Ha sido culpa de la parra, que me la ha lanzado!



— ¡jajaja! ¡Va, hombre, va! ¡Eso es imposible! —se rió Sara—. Debe haber sido el viento.

— ¡Que no! Os lo digo de verdad, ¡mirad! —Y volvió a tirar la lata contra la parra.

De repente, una rama se movió y golpeó la lata, que cayó a los pies de los niños. ¡La cara que pusieron cuando vieron que la parra se movía!

— No os asustéis, niños —se oyó—. No quiero haceros ningún daño. Pero tenéis que tener cuidado con lo que tiráis al suelo. La lata me ha hecho daño —se quejó la parra.

— Lo siento mucho, no era mi intención, señora... eh... dijo un pelín asustado Pablo.

— Soy una parra.

— ¡Ala! ¿Hablas? ¿Te mueves? ¿Es qué tienes poderes mágicos? —preguntó Laura—. Cuando se lo expliquemos a Javi...

Todos estaban entusiasmados y se pasaron un buen rato hablando con la parra. ¡Qué cantidad de cosas les explicó! Era una parra centenaria y sabía todo lo que había pasado en el pueblo desde hacía mucho tiempo.

— Cuando era pequeña me escondía bajo las hojas de las encinas, pero ahora que soy mayor soy yo la que cobija todo tipo de animalitos: hormigas, gorriones, conejos... —les explicaba la parra.

— ¿Y por qué nunca nos habías dicho nada? —le preguntó Sara—. Nosotros siempre venimos a merendar aquí.

— Es que nunca me habíais molestado. Pero hoy este pequeñajo se ha pasado de la raya.

— Tienes que perdonarlo, parra. Es pequeño y viene de la



ciudad, y allí tiene siempre papeleras cerca... Y como aquí no las hay ha pensado que... —le intentó explicar María.

Con tanto alboroto, los niños no se dieron cuenta de que por el final del camino se acercaba un chico. Era Javi, el mayor de la pandilla. Esa tarde, no había ido muy bien y venía cabizbajo. Al llegar, dio un puntapié a una piedra, mascullando:

— ¡Mecachis! Si hubiéramos vendido un poco más...

— ¡Eh Javi! ¿Cómo estás? ¿Qué haces por aquí tan pronto?
—le preguntó María—. Traes mala cara. ¿Ha pasado algo en el mercado?

— Pues sí, hoy casi no ha venido nadie y cada vez es peor. Desde que abrieron aquel supermercado en las afueras del pueblo, la gente ha dejado de venir al mercado. Muchos puestos ya no abren y mis padres dicen que nosotros también vamos a tener que cerrar...

— ¿Y por qué estás tan enfadado? Piensa que así tendrás más tiempo para venir a jugar con nosotros —le contestó Sara.

— ¿Pero no lo entiendes? Si mis padres cierran el puesto, ¿dónde venderemos nuestra fruta? La cosecha de este año ha sido muy buena, pero si nadie la compra, no ganaremos dinero, y si las cosas continúan así, ¿de qué viviremos? ¿y si tenemos que irnos del pueblo? —explicó Javi muy preocupado.

— ¡Qué mala suerte! —exclamó Laura—. ¿Y por qué no decís al supermercado que venda vuestros productos? Así no os tendréis que preocupar por nada.

— Se ve que no es tan fácil. Los supermercados lo que quieren es comprar la fruta y la verdura por poco dinero. Sólo las empresas que se dedican a plantar mucha tierra y cultivar con grandes máquinas pueden bajar tanto los precios. En mi casa trabajan papá, mamá y yo que les ayudo. No



podemos producir mucho ni vender tan barato porque no nos llegaría para comer.

La pandilla estaba preocupada. Si los padres de Javi no encontraban una solución pronto, quizás tendrían que irse y no volverían a ver a su amigo. Con todo, la parra les había estado escuchando y, al verles tan tristes, decidió echarles una mano.

— ¿Por qué no intentáis buscar una solución entre todos?
—dijo la parra.

— ¡Ah! ¡Un árbol que habla! —se asustó Javi.

— No, tranquilo, es la Parra; Parra él es Javi—les presentó Pablo.

Se animaron con esta nueva propuesta, se sentaron en círculo y estuvieron pensando un buen rato. Les surgían muchas ideas, pero ninguna les convencía, hasta que Laura dijo:

— Podríamos hablar con los propietarios del supermercado y explicarles que no puede ser que se lleven toda nuestra clientela, que una parte tiene que seguir viniendo al mercado. Si les explicamos el problema quizás nos puedan ayudar...

— ¡Sí, sí! ¡Muy buena idea! ¡Quedamos mañana a las diez para ir a hablar con el propietario! —propuso María.

Al día siguiente se encontraron todos y se dirigieron hacia el supermercado. Era alucinante la cantidad enorme de luces y



carteles que anunciaban ofertas... ¡Había un montón de cosas para comprar!

— ¡Mirad que manzanas tan brillantes! —exclamó Laura—. ¡Parece que estén pintadas!

— ¡Sí, qué buen aspecto! Me las comería todas con los ojos... —respondió Sara.

— Pues las que cultivamos en casa quizás no son tan bonitas pero seguro que



están más buenas. Estas manzanas del supermercado las traen de países lejanos y las tienen que coger cuando todavía no están maduras. Así cuando llegan aquí todavía se pueden comer, ¡pero eso hace que no sepan a nada!... ¡María, cuidado!

Pero era demasiado tarde. Laura había tropezado y el montón de peras que había detrás suyo se desparramó por todo el pasillo. En ese preciso momento pasaba por allí un trabajador del supermercado que les riñó:

— ¡Eh, id con cuidado! Con la comida no se juega.

— Lo siento, ha sido sin querer... —respondió María, avergonzada—. Por cierto, ¿dónde podemos encontrar al dueño del “súper”?

— ¿el dueño? Jejeje... Querréis decir el gerente, ¿verdad? Este supermercado esta por todo el mundo, y por aquí al dueño no le hemos visto nunca —dijo burlón—. ¿Por qué le buscáis?

— Resulta que tenemos un problema y creemos que él nos puede ayudar — contestó María seriamente.

Entonces el chico habló por su radio y les dijo:

— Bien, si realmente queréis verle tenéis que entrar por esa puerta —les explicó señalando detrás de una cajas—, y seguir el pasillo hasta el final, donde encontrareis su despacho a mano derecha.

Una vez delante de la puerta del despacho no sabían si entrar, pero Javi, firme y asintiendo con la cabeza dio unos golpecitos en la puerta:

— Adelante —dijo una voz arrugada.

Con gesto miedoso, la pandilla fue entrando al despacho. Se pusieron uno al lado de otro haciendo una fila. Delante de ellos había un hombre bigotudo y de cejas anchas. No parecía mala persona, y Javi se decidió a hablar:

— Hola señor gerente. Tenemos un pequeño problema y creemos que usted nos puede ayudar.

— A ver ¿de qué se trata? —les respondió.

— Pues verá, nuestro amigo Javi —empezó Laura— tiene un puesto en el mercado de frutas y verduras para vender las manzanas que sus padres cultivan. Desde que ha abierto el supermercado la gente ya no compra en el mercado, y seguramente tendrán que cerrar el puesto. ¿No podrían compartir la clientela?

— Ya, niños, pero yo no obligo a nadie a venir aquí. ¿Qué queréis que haga si la gente prefiere los productos que yo ofrezco? —dijo el hombre.

— ¿Pero no ve que los comercios del pueblo se están quedando sin trabajo? — replicaron.



— Mirad, yo aquí en el supermercado también doy trabajo a mucha gente, como al chico con el que os habéis encontrado. Además, esto es una empresa, y lo que queremos es ganar dinero. El mundo funciona así ¿sabéis? Lo siento, pero tendréis que espabilaros solitos —dijo el gerente un poco mosca porque le culparan de lo que pasaba en el pueblo.

Se fueron cabizbajos hacia la parra. Volvían a estar como al principio.

— ¿Qué son estas caras? ¿No habéis tenido suerte? —les preguntó la Parra al verlos tan decepcionados.

— No, no nos ha querido ayudar —le respondió María, resignada a no poder hacer nada.

— ¡Un momento! No puede ser que a la primera os deis por vencidos —exclamó la Parra—. Pensad: ¿qué le puede gustar a la gente?

— No lo sé, nosotros no somos mayores, no sabemos lo que les gusta a los adultos —respondió Pablo.

— ¡A mí me gustan los coches de carreras! —exclamó Javi.

— Pero eso no nos sirve de nada —contestó María.

— Pues a mí me gustan las pegatinas.

— Y a mí la piscina...

— ¡Que no, que no! ¡Tenemos que pensar en algo que podamos hacer! —volvió a decir medio enfadada Laura.

—Pues a mí me gusta la mermelada de mi abuela. Mmmm ¡Está buenísima! Sobretudo la de ciruelas —dijo Pablo.

— ¡Claro! ¡Mermelada! ¡Ya lo tenemos! —gritaba Laura.

El resto de la pandilla se miraba sin entender nada.

— ¿Qué es lo que tenemos? —preguntó María.

— ¿No lo veis? Si hacemos una buena mermelada la gente nos la querrá comprar y volverán al mercado —les explicó.

— ¡Claro! —continuó Javi—. Si la empezamos a vender



delante del supermercado y a la gente le gusta...

— ¡Que seguro les gustará! —interrumpió Pablo.

— ... querrá continuar comprándola y eso sólo será posible ¡en el puesto del mercado! —concluyó Javi.

Dicho y hecho. Se encaminaron hacia casa de María para que su abuela les explicara como hacer mermelada. Se pasaron toda la tarde trabajando: fueron a buscar la fruta, la pelaron, la cocinaron... Hasta que, finalmente, consiguieron la mermelada. Cuando Pablo la probó, dijo que era tan buena

como la de su abuela, e incluso más. ¡Qué éxito! Toda la pandilla estaba muy contenta.

Al día siguiente, pusieron una pequeña mesa con los tarros de mermelada. Habían hecho cincuenta y tres. Los empezaron a vender a las nueve de la mañana.

— A partir de la semana que viene la tendremos en el puesto del mercado —iba diciendo María a la gente que se acercaba.

— Allí la fruta es más buena que la del supermercado, porque no le añadimos productos químicos y la cosechamos cuando está bien madura —añadía Javi.



— ¡Mermelada buenísima! —iba gritando Pablo.

¡Qué gran mañana! ¡Al mediodía ya no les quedaba ningún tarro!

Esa misma tarde fueron a merendar a la Parra. Pablo abrió una bolsa.

— He traído merienda para todos dijo trayendo el pan con la mermelada hecha por ellos.

— ¡Qué bien! Esto es todavía mejor que los pastelitos —dijo María.

— Y además no lo hemos comprado en el supermercado —añadió riendo Sara.

— ¡Muchas felicidades! —dijo la Parra, que hasta entonces había estado en silencio—. Tengo la sensación de que gracias a la mermelada, a la gente del pueblo y a vosotros ¡el puesto del mercado saldrá adelante!

— ¡Gracias por ayudarnos, Parra! —dijo Laura.

— ¡Sí, muchas gracias! —añadieron todos.

Pablo estaba muy contento por cómo se acababa el verano. Dio un buen bocado a su rebanada de pan con mermelada. ¡Estaba tan bueno! Decidió que cuando volviera a Petrópolis también haría mermelada. "¿Por qué lo compramos todo en el supermercado?", se preguntó. Pensaba en cómo podía ser que señores con mucho dinero y sin muchos miramientos abrieran grandes supermercados mientras que gente como los padres de Javi se quedaban sin poder seguir trabajando y viviendo del campo. Confiaba que, explicándolo a todo el mundo que conocía, pronto serían unos cuantos los que se darían cuenta de esta injusticia. Entonces, juntos, podrían intentar cambiar las cosas, porque...otro mundo es posible.

Taller para **grandes y** **pequeños**

...Hoy nos metemos en la cocina

Para hacer mermelada.



Receta de la abuela para hacer mermelada casera de ciruelas o cualquier otra fruta:

Es necesario recordar que para hacer la receta tenéis que pedir ayuda a los mayores, para facilitar el trabajo y disfrutar todos juntos de un buen rato.

Ingredientes:

- 1 kg de ciruelas o la fruta que deseéis
- ½ kg de azúcar
- el zumo de un limón

1. Utensilios

- Una olla grande
- Una cuchara de madera
- Tarros de cristal



2. La receta:

- Para empezar pelaremos y cortaremos la fruta en trozos pequeños.
- A continuación lo ponemos en el fuego y añadimos el azúcar y el zumo de limón.
- Lo dejamos hervir a fuego lento entre 45 y 90 minutos según el tipo de fruta y la textura deseada (las ciruelas vale más dejarlas 45 minutos).
- Es importante ir removiendo la mermelada, sobretodo hacia el final de la cocción, porque si no se pega en el fondo.
- Una vez paramos la cocción se tiene que dejar enfriar.
- Una vez frío pondremos la mermelada en tarros de cristal procurando que no quede aire dentro del tarro.
- Finalmente pondremos los tarros al baño maría (hirviendo) durante unos 5 minutos para garantizar la buena conservación de la mermelada hasta que se abra el tarro.
- ¡¡Y a lamerse lo dedos!!

La familia de Javi tiene un puesto de fruta y verdura en el mercado local. Pero acaban de abrir un supermercado en el pueblo, y mucha gente que antes iba a comprar al mercado ya no va. María, Sara, Javi y Laura, junto con su primo Pablo, quieren poner remedio. Si no hacen nada Javi tendrá que irse del pueblo porque sus padres irán a buscar trabajo.

Este cuento está escrito y editado para sensibilizar a pequeños y mayores de las consecuencias del modelo comercial de las grandes Cadenas de Distribución Alimentaria. Con un ejemplo sencillo, se presenta una realidad cercana de nuestras áreas rurales y se esbozan algunas soluciones desde el enfoque de la Soberanía Alimentaria.

Si deseáis más información escribidnos a
info@cyl.isf.es



Con el apoyo de:

